

ARGUMENTACIÓN PARA PRINCIPIANTES

José Francisco Rodríguez Latorre

Profesor Escuela de Filosofía y Humanidades UPTC

(El siguiente texto corresponde a la Introducción y el primer capítulo del informe investigación del proyecto DESARROLLO DE COMPETENCIAS ARGUMENTATIVAS presentado a la Dirección de Investigaciones de la UPTC)

Resumen: Este texto se ocupa, en primer lugar, de tomar distancia de la concepción gramático-minuciosa de la idea de *competencia*, que resulta supremamente ardua de seguir para las personas poco familiarizadas con esa discusión; y en segundo lugar, muestra algunos conceptos claves de la argumentación orientada a la composición escrita. Dilucida qué es argumentar como ejercicio racional, cuáles son los elementos básicos de un argumento, diferencia entre argumentos formales e informales, probables y probatorios y, en fin, aborda el problema de la inducción y la deducción de manera general.

Palabras clave: Argumentación, lógica.

This article seeks to distance itself from the grammatically specific language teaching concept of *competence* that is extremely difficult to understand for those who are unfamiliar with its discussion. In the second place, it will show some key concepts of argumentation, aimed at written composition. It will explain argumentation as a rational exercise, the basic elements of an argument, the difference between formal and informal argumentation, proof and evidence arguments, and finally, the problem of deduction and induction in a general manner.

INTRODUCCIÓN

Es necesario filosofar. Pues o filosofamos o no filosofamos. Si lo primero, pues filosofamos y si lo segundo tenemos que pensar por qué no filosofamos y ya estamos filosofando. Por lo tanto, filosofamos.

Aristóteles

La introducción de un escrito sirve por lo regular para orientar al lector acerca del contenido

general del trabajo. En este caso no. La aprovecharé para hablar, no del contenido de la obra, sino del espíritu que la alienta. Señalaré los gustos, y los disgustos del autor con respecto a otros enfoques: el *ánima en pena* del positivismo recorre y ‘posee’ este opúsculo de principio a fin. Y eso, en nuestro medio, debe justificarse desde el comienzo, para no llevar a equívocos a los lectores.

Si dijera que mi propuesta se inspira en la hermenéutica de Gadamer, en la fenomenología

de Husserl o en la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, no despertaría sospecha, así los lectores no entendieran de qué se trata en cada caso. Pero, el tufillo empirista y positivista sí despertaría suspicacias, así tampoco se comprenda su enfoque. O, peor aún, así se comparta de hecho. La propaganda en contra del positivismo, dentro del mundo académico, ha estado bien orquestada desde la época en que se luchaba por la revolución proletaria.

Aclarar mi simpatía con el positivismo, o por sus restos, bien vale un rodeo apaciguador. Se verá que no es tan malo, perverso, ni reaccionario ser positivista nostálgico. Es un estilo y una opción de pensamiento, como tantas otras. Es un enfoque y, por lo tanto, se inscribe en una línea de trabajo y se aparta de otras; nada más natural.

Veámoslo con un contraste. En mayo de 2000 se reunieron en la Biblioteca Luis Angel Arango los investigadores pedagógicos del país para dar las orientaciones pertinentes a los docentes que estamos en el día a día del salón de clase. Como era apenas lógico, se puso sobre el tapete el sube y baja de las competencias cognitivas, la argumentativa y su corto espacio. El debate se dio entre la Universidad Nacional y la Universidad del Valle.

Allí no vi interesante la recomendación del profesor Eduardo Serrano Orjuela de la Universidad del Valle de investigar el **fenómeno de las competencias** desde los estudios de punta del análisis semiótico o semiológico.

Si su invitación implica hacer párrafos eruditos, como los de su disertación en el evento de mayo de 2000, gracias pero no, yo paso. Miren nada más la cita siguiente, tomada del comienzo y del final de su comentario a la intervención de Fabio Jurado en el evento organizado por COLCIENCIAS y SOCOLPE para evaluar el

estado de la investigación pedagógica en Colombia. El trabajo de Fabio Jurado para esa ocasión se tituló: *Lenguaje, Competencias Comunicativas y Didáctica: Un Estado de la Cuestión*. Y el de Serrano: *Consideraciones Semióticas sobre el Concepto de Competencia. Comentario al estudio de Fabio Jurado*. Ambos aparecen en el Vol. I de las memorias del evento¹.

Serrano se muestra en desacuerdo con la forma como Jurado se ocupa del concepto de *competencia* y por ese motivo su comentario se centrará en debatirlo. [Los subrayados son nuestros]

“La semiótica discursiva concibe la competencia como una estructura modal presupuesta por la performancia o, si se prefiere otra traducción, por la actuación o desempeño, o, en un sentido general, la acción. “Si el acto es un ‘hacer-ser’ dicen Greimas y Courtés, la competencia es ‘lo que hace ser’; es decir, todas las condiciones previas y los presupuestos que hacen posible la acción” (1979:53). Según esto, se debe tener presente: 1) que “competencia” es un lexema que hace parte de una red conceptual en la que se encuentra, entre otros, “performancia”, y 2) que la competencia está siempre presupuesta por la performancia, lo que quiere decir que para que tenga lugar una actuación, desempeño o acción, se requiere, como condición necesaria, una determinada competencia. Escuchemos una vez más a Greimas y Courtés: “con relación a la performancia que es un hacer productor de enunciados, la competencia es un saber-hacer, es ‘ese algo’ que

¹ HENAO, Myrian y CASTRO, Jorge: *Estados del Arte de la Investigación en Educación y Pedagogía en Colombia*, 2 Vol. Editores COLCIENCIAS-SOCOLPE. Bogotá, 2000.

hace posible el hacer” (1979:53). En **palabras llanas**, la competencia existe para hacer algo con ella. Puede ser que no se haga nada, pero se requiere para hacerlo si uno se anima. En este sentido, la competencia no es “construcción de sentido y significación”, sino el conjunto de condiciones presupuestas que hacen posible dicha construcción. (pag 126-7)

Le queda a uno la duda: ¿Por qué mejor no se expresa todo el tiempo en **Palabras Llanas**? Este párrafo compite en complejidad con los Heidegger, Hegel o Fichte. Nada más mirar los subrayados. De poco sirvió el análisis lógico del lenguaje que el pobre Rudolf Carnap hizo en la década de los años treinta. Como vemos, *la nada continúa nadando*. ¿Qué gracia le verán a toda esta sofisticación, frases grandilocuentes y términos rebuscados? ¡Si tantas cosas valiosas se pueden formular en el lenguaje de los mortales. O en el lenguaje llano como él lo llama.

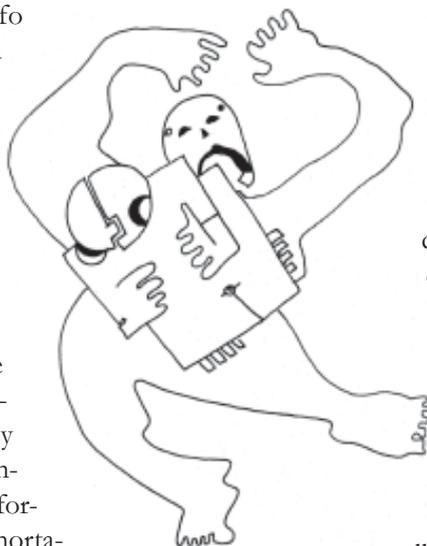
Pareciera que se trata de una gran elaboración conceptual y analítica, pero no lo es. De seguro quien entre en ese lenguaje encontrará la forma de inventarse su par de categorías y pasar de erudito contribuyendo al debate. Como ejemplo de lo fácil que resultan estos aportes teóricos, propongo las mías. “*Las condiciones necesarias, ‘ese algo’ que hace posible ‘el hacer’, viene antecedido de una intencionalidad operante, raíz de las condiciones eidéticas que posibilitan el operar de todas las operaciones. En conjunto las operaciones no se distinguen analíticamente del operar como intención, pero empírica-*

mente se despliegan en un espacio-tiempo que les es propio. Etc. Etc. Etc.” [Hasta aquí mi contribución, ya me cansé.]

Nada más a propósito para bajar el humo de tanta teoría y aterrizar en el mundanal ruido las disertaciones subidas de tono, que un fragmento de Héctor Abad Faciolince, en una columna de *Cromos*:

“A veces se aprende más en las tiras cómicas que en los artículos serios. Hace algún tiempo leí una de Justo y Franco que me ayudó a despojarme de un complejo que siempre he tenido frente a los profesores de colegio: cuando voy a reuniones de padres de familia, no les entiendo lo que me dicen. Justo y Franco me ayudaron. En la tira cómica que digo, ellos están pasando frente a una guardería infantil y leen en la puerta un cartel que dice así: “Lección de hoy: desarrollo de la habilidad de comunicación no verbal con énfasis en la capacidad de poner fin en forma simbólica y formal a una relación personal en progreso mediante procedimientos semánticos gestuales”. Justo le explica al otro: “Quiere decir que les están enseñando a los niños a decir adiós con la mano”. Los comics para hacer reír exageran, pero en este caso están captando literalmente la oscura jerga con que se expresan hoy en día los maestros.

(*Contra la Oscuridad* por Héctor Abad Faciolince)



Esta aclaración necesaria nos pertrecha y justifica para ofrecer resistencia a la recomendación del profesor Serrano. Recordemos que su polémica con Fabio Jurado se dio en un Seminario Nacional sobre Investigación Pedagógica, en el balance general de aciertos y desaciertos en Colombia. Y el punto de vista correcto de la investigación en el área de lenguaje y particularmente en lo relacionado con **las competencias** recomendado por el profesor Serrano, será el de la *metateoría*.

No estoy de acuerdo. Puedo decir, con algo de experiencia, que estoy curado de espantos metafísicos. Compartir tribuna durante veinte años con filósofos de todas las especies y *subfilums* no es poca cosa, y la conclusión al final del camino, después de leer y discutir a los clásicos y a los no tan clásicos, es que la claridad en el lenguaje no tiene precio. ¡Benditos, Bacon, Berkeley y Bertrand! Que nunca se cansaron de buscar la transparencia.

Me quedo con Popper: “la honestidad intelectual es la claridad expositiva”. O con el poeta Darío Jaramillo Agudelo: “Cuando escribamos un texto pensemos si estaría bien en el respaldo de un sobre de sopas Maggi.” Es decir, cuando escribamos es mejor que nos entiendan a que nos admiren con la boca abierta.

La recomendación final del profesor Serrano a COLCIENCIAS-ASOCOLPE y a la comunidad educadora es esta:

“En su totalidad estas últimas (investigaciones que se inscriben en el análisis del discurso) según se desprende de la reseña del profesor Jurado, son investigaciones aplicadas al análisis

de procesos discursivos concretos. Esto está bien, pero no se debe dejar de lado la investigación teórica (metadiscursiva y epistemológica) si no se quiere que la investigación aplicada termine apoyándose en modelos teórico-metolológicos empobrecidos y desligados de la investigación de vanguardia.” (P. 137)

Apreciado lector, lamento defraudarlo, pero en las líneas que vienen no hallará reflexiones enriquecidas por la *vanguardia*. No se intentarán indagaciones de tipo metateórico. Más bien, se acogerá la incitación de Hume al final de su *Investigación sobre el Conocimiento Humano*²: “Examinemos con cuidado los libros y doctrinas puestos a nuestra consideración. Si no contienen reflexiones acerca del número o no traen información y análisis acerca de la experiencia: ¡arrojadlos al fuego!”

Tal vez sorprenda que un filósofo profesional se exprese de forma tan descortés de algunos de los máximos exponentes del gremio, cuando ya no se estila ese veneno. En una época de meta-relatos postmodernos y de la social-bacanería, no quedan bien eso “oles” y “banderillas” propios de las revistas de peluquería, para referirse a sabios connotados.

Pero tengo razones de peso en mi cantinela. Sucede que dentro del gremio filosófico y profesoral

² HUME, David: *Investigación sobre el Conocimiento Humano*. Alianza editorial. Barcelona. 1978.



hizo carrera el desprecio por la filosofía positivista, ‘el degeneramiento positivista’ o más suavemente ‘el error positivista’. Calificativos extendidos como mancha de aceite en el mundo pedagógico, que de manera acrítica son de buen recibo entre los colegas, en la certeza de no encontrar una respuesta proporcionada.

Y esa conducta no está mal de por sí, pero en ese caso podemos hacer uso de la *regla de justicia* propuesta por Perelman: entidades iguales, deben recibir tratamientos iguales. De modo que si ciertas filosofías no les parecen a los colegas y manifiestan abiertamente su rechazo, está bien; pero en el mismo sentido, las que no nos parecen a nosotros, no tienen por qué estar bien y hay que decirlo. Y ya.

Por lo demás esta animadversión por la especulación ampulosa está bien documentada en la historia del pensamiento moderno. El premio Nobel de literatura y filósofo matemático Bertrand Russell³, ¡bendito Bertrand! nos revela intimidades de su conversión a la claridad expositiva: “Mi primer contacto serio con la filosofía alemana consistió en la lectura de Kant a quien, mientras fui estudiante, veneré respetuosamente. Mis profesores me dijeron que debía considerar, por lo menos, lo mismo a Hegel, y yo acepté su opinión hasta que lo leí. Pero, cuando leí a Hegel, descubrí que sus observaciones sobre la filosofía de las matemáticas eran ignorantes y, al mismo tiempo, estúpidas. Esto me hizo rechazar su filosofía y, por entonces, por razones algo diferentes, rechacé la filosofía de Kant.” (*Retratos de Memoria* pag. 27).

En el fondo del corazón me gusta pensar al lobo del poema de Borges, en “*El último lobo de Ingla-*

terra”, análogamente al último positivista. El poema tiene su gracia porque narra una situación real que es inferida de unos datos conocidos. Es un argumento deductivo tomado de la experiencia empírica y recreado en un poema.

Premisa I: En Inglaterra hubo lobos

Premisa II: Ahora no los hay.

Premisas III: Los cazadores los acabaron.

Ergo: En algún momento deambuló por la campiña inglesa un lobo que era el último lobo de Inglaterra. No sabía que su simiente y sus afanes de hembra eran inútiles y sin embargo actuaba con todos los bríos naturales, inocente de su destino.

Así estoy –el último positivista– defendiendo una causa perdida en la que creo firmemente. Y con la certeza casi perfecta de mi incapacidad para dejar descendencia. Es tal la resistencia a lo que suene positivista que mi perorata parecerá huera. Por eso la beligerancia a ratos. Ese espíritu se refleja en tesis como las diez que propongo enseguida y que sirven de marco a mi exposición.

1. Sólo existe una lógica, la lógica formal. Y lo que llamamos otras lógicas no son más que una extensión de la formal en un campo especializado. La lógica dialéctica...

2. La lógica es una parte del campo de la argumentación. Esto se cae de su peso; indica que el conjunto continente de la argumentación somete al de la lógica como un capítulo. El hombre se impone, argumenta y razona. En ese orden. Primero la fuerza. Luego, con algo de cultura, intenta dar razones; y, con un buen estudio, demuestra formalmente.

3. La retórica complementa la argumentación. Llamamos aquí la atención acerca del formato de la argumentación. Las explicaciones

³ RUSSELL, Bertrand: *Retratos de Memoria y otros Ensayos*. Alianza Editorial. Madrid, 1976. [Título Original: *Portraits from Memory and Other Essays*. George Allen and Unwin Ltda. 1956. Traducción Manuel Suárez.]

entre las personas se dan empleando el lenguaje, y éste, por definición, se encuentra impregnado de humanidad, de sensibilidad y de emotividad que condicionan la eficacia de las razones. Para ilustrar este matrimonio indisoluble nos ocuparemos de la persuasión.

4. La buena argumentación no depende de la cultura, sino de la coherencia y la pertinente relación entre las premisas y las conclusiones. Pongo esta opinión en destacado para retar a quienes suelen hablar de ‘otras’ formas de racionalidad, de “otras” formas de conocimiento en otras culturas, para que nos expliquen el contenido de esa tesis. (Si es que lo tiene).

5. Los seres humanos somos mejores razonando mal, que razonando bien. De hecho, con cuatro o cinco reglas de lógica nos hemos defendido durante miles de años, y en el intermedio inventamos decenas y acaso centenares de sofismas. Esta particularidad se pone en evidencia cuando hacemos talleres de argumentación, o cuando constatamos el número creciente de sofismas identificados o, simplemente, cuando leemos columnas periodísticas como las de Antonio Caballero.

6. La biología y la emotividad condicionan nuestro razonamiento. Se trata de un tema bien documentado y del cual traeremos, en el penúltimo capítulo, algunos materiales muy cortos que lo ejemplifican.

7. Los seres humanos somos buenos para hacer hipótesis, pero malos para demostrarlas. He querido en este punto poner sobre el tapete una condición de nuestra relación cognoscitiva con el mundo que día a día se revela con mayor nitidez: “Una hipótesis no se le niega a nadie.” Indicando de este modo la facilidad con la que todos buscamos explicaciones, cualquier explicación, por absurda que sea, para entender lo extraño. Pero al mismo tiempo para señalar, que

no es mucha gracia inventar hipótesis: cualquiera lo puede hacer. Lo difícil, la gracia del cuento, es ponerlas a prueba y confirmarlas; o mejor aun, ponerlas a prueba y refutarlas. Como lo hizo Kepler rastreando durante diez años las hipótesis geométricas que explicarían las órbitas de los planetas, hasta dar con la que ya sabemos.

8. La expresión: «Aquí se maneja otra lógica», por lo general no tiene contenido lógico, o no hace referencia al campo de la lógica. Al final de este escrito expondré una crítica a este lugar tan común en el mundo académico.

9. No es fácil renunciar a la argumentación. El epígrafe del comienzo deja fuera de duda este pensamiento. No podemos ‘sacarle el cuerpo’ a la argumentación. Esto, que pareciera una defensa fuera de lugar, de una idea con la que cualquier persona razonable estaría de acuerdo, amerita una atención. Russell se admiraba de sí mismo, en una de sus primeras conferencias filosóficas, de tener que defender frente a los filósofos, una tesis tan excéntrica como la existencia del mundo exterior. A quiénes —si no a los filósofos— se les ocurriría una duda más peregrina. Lo mismo sucede con la argumentación, no falta quien diga que esa actividad no nos compete.

10. La argumentación que nació en la Grecia democrática, es el arma de los débiles; los poderosos se imponen con otras armas. La idea que anima esta tesis la escuché al profesor español Fernando Broncano, en la I Conferencia Internacional de Filosofía de la Ciencia en Barranquilla, cuando respondía a la inquietud de una feminista que le reprochaba la insistencia masculina en la argumentación⁴.

⁴ En el *Malpensante* No. 29 aparece un artículo de Susan Haack, que no dudo en recomendar, criticando ese relativismo sexista de la verdad. Tanto más interesante viniendo de una mujer.

Bien, esto es todo sobre *el espíritu* que animará este escrito, sobre los gustos y disgustos del autor. El punto número ocho de este manifiesto cuasipositivista será desarrollado al final. Pasemos ahora sí a hablar de las partes que componen la “Argumentación para Principiantes”. Unos conceptos básicos de argumentación, cinco en total. Una presentación panorámica de la argumentación deductiva; otra de la inductiva. Una sección acerca de los condicionantes psicológicos de razonamiento y las falacias que suelen contaminarlo. Un capítulo sobre el razonamiento informal con cuarenta ejercicios por orden de dificultad. Para cerrar con una primera aproximación al arte de componer reseñas y una diatriba contra “la otra lógica”. Como se puede ver, hay de todo, como en botica.

(Si no les parece mi escrito, al final incluyo una bibliografía donde encontrarán cosas mejores).



rar le explica a su paciente las razones por las que tomó esa decisión; incluso, así no conversen, se explicará a sí mismo, por qué esa es la mejor opción en esas circunstancias. Un juez que dicta sentencia, un fiscal que acusa o un abogado que defiende, aportan elementos de juicio, **argumentos**, para sustentar sus respectivos puntos de vista; aunque sean antagónicos entre sí. Un profesor al reprobar a un alumno, un administrador al tomar una decisión en la empresa, o un funcionario público al aplicar un procedimiento, se justifican con base en datos y reglas, convenios, reglamentos o leyes, el paso que dieron. Dios, en muchas religiones, se toma la molestia de explicarle a sus criaturas la razón de sus mandatos. Y en muchos de estos casos, desde el médico a la divinidad, pasando por los administradores, economistas, filósofos hasta el narrador de fútbol, lo realizan por escrito. De ahí la importancia de atender al mejoramiento de esta competencia argumentativa. Pensamiento claro, argumentación y escritura, van de la mano. Sólo quedan eximidos de esta obligación, o se autoeximen, para mayor comodidad, los locos y los tiranos de todos los colores.

La argumentación como teoría se orienta a dar respuesta a las preguntas básicas acerca de nuestras capacidades naturales de inferencia, y a explicitar los procedimientos correctos y los procedimientos perniciosos, que mejoran o entorpecen la capacidad argumentativa de cualquier persona. Las preguntas son: ¿Qué es argumentar?, ¿Qué es una competencia argumentativa?,

I

CONCEPTOS BÁSICOS DE ARGUMENTACIÓN

1. PRESENCIA DE LA ARGUMENTACIÓN

La argumentación es un ejercicio intelectual relacionado prácticamente con todas las actividades profesionales y de intercambio cognoscitivo entre las personas. Un médico que decide ope-

¿Por qué es importante argumentar?, ¿Cuáles son los extremos de la argumentación?

2. ¿QUÉ ES ARGUMENTAR?

Argumentar es la exteriorización de una intención. La intención de mostrar la verdad de una idea, en función de la verdad de otras. Es la pretensión de indicar que la verdad de las premisas se traslada, por un procedimiento razonable, a la verdad de una conclusión. Es dar razones de lo que pensamos, en lugar de recurrir a la simple autoridad. Y aunque suene tautológico, argumentar es proponer argumentos.

Un argumento es una construcción intelectual en la cual llegamos a conclusiones, o resultados, apoyados en razones o premisas (asumidas como verdaderas) siguiendo reglas o procedimientos legítimos. Un buen ejemplo de esta actitud la encontramos en los filósofos empiristas, los filósofos de la ciencia y los estoicos, quienes no se sentían en trance oracular, no hablaban como dioses herméticos o metafísicos a sus criaturas boquiabiertas. Antes bien, se colocaban al nivel de sus interlocutores y con esfuerzo persuasivo, tejían una a una las ideas, de las más, a las menos evidentes. De modo que pudiéramos seguirlos, paso a paso, idea tras idea, y nos encontraríamos fraternales al final del camino, en la misma conclusión. Incluso, aunque no coincidiéramos en los mismos puntos de vista, si alguien se toma la molestia de razonar con nosotros, habremos ganado en claridad y el desacuerdo podrá darse en mejores términos. Todas estas intenciones y el ejercicio intelectual que las acompaña, son argumentar.

Ejemplo 1:

Séneca nos dice en sus *Cartas a Lucilio*: “sufre más de lo necesario el que sufre antes de lo ne-

cesario”, sentencia comprensible por sí misma sin ninguna hermeneútica especial, pero que, para una mejor comprensión, el estoico nos aclarara agregando: “...*porque sufre dos veces*”⁵.

Pensemos en la visita al dentista para calzar una muela, cuando el zumbido de la fresa nos aterroriza. Es absurdo sufrir hoy, estando en casa muy cómodos, si de todas formas sufriremos mañana en la silla de torturas. La máxima del filósofo nos invita a controlar la imaginación dañina. Tal como ya lo señalara su maestro Epicteto. “*No os aterroricéis en un terremoto como si toda la ciudad se os fuera a caer encima. Porque un solo ladrillazo en la cabeza es suficiente para mataros*”⁶.

Ejemplo 2:

Queremos llegar a la conclusión de que pediatras y veterinarios están en la misma situación con respecto a sus pacientes, pues los niños muy pequeños y los animales no hablan. “*Si es difícil saber el dolor que sienten los animales, porque el dolor es subjetivo y los animales no pueden hablar, entonces veterinarios y pediatras se encuentran en la misma situación*”. Aquí se ven claros los elementos llamados premisas y el elemento llamado conclusión. De dónde partimos y a dónde llegamos.

Un argumento puede tener la extensión de una línea o de una obra en cuatro volúmenes. La cantidad de información no importa. Lo valioso es el deseo informativo del expositor. Anthony Weston, en sus *Claves de la Argumentación*⁷ nos trae un ejemplo lacónico, pero certero

⁵ SÉNECA, Lucio Anneo: *La Consolación a Helvia y Cartas a Lucilio*. Editorial Salvat. Madrid, 1971. [Traducción de Juan Carlos García-Borrón]

⁶ EPÍCTETO: *Meditaciones*. Editorial Porrúa. México, 1980.

⁷ WESTON, Anthony: *Las Claves de la Argumentación*. Editorial Ariel. Bogotá, 1995.

de Churchill, para defender el optimismo: “Sea optimista, lo demás no trae dividendos”. Quien lea esta frase se hace a una idea y puede compartirla o refutarla.

En el otro extremo de la argumentación podría estar el caso del Obispo James Usher, presentado por Jay Stephen Gould, el paleontólogo americano, como un caso paradigmático de investigación científica. El obispo inglés se planteó en 1640 una pregunta en apariencia muy sencilla: ¿Cuándo fue creado el mundo? Que puesta en términos de la ciencia moderna sería ¿Cuándo se origina el mundo? Y mostró, siguiendo la única pista con que se podía contar en su época, la *Biblia*, que el mundo había sido creado el 16 de octubre del año 4004 antes de Cristo, a las nueve de la mañana. Llegar a esta conclusión le demandó veinte años de trabajo y una obra de dos mil páginas, que bien podríamos considerar las premisas de su argumento. (Insisto, un argumento no se mide ni por su extensión, ni por su veracidad, —en principio— sino por la intención que anima a su defensor).

3. ¿QUÉ ES TENER COMPETENCIA ARGUMENTATIVA?

Del mismo modo que todas las personas tenemos competencias comunicativas, es decir, la capacidad de desenvolvernos con solvencia en el manejo del lenguaje, pues desde niños nos adiestran en su manejo, también, a lo largo de la vida, nos adiestramos en la argumentación y en reiterados intercambios, aprendemos a confrontar ideas, a razonar con alguna precisión, a obtener ideas de ideas, a mostrar acuerdos y desacuerdos... cuando las condiciones políticas y sociales lo permiten.

La argumentación es una competencia, como la capacidad de comunicarnos, pero a diferencia del manejo del lenguaje, el énfasis que los padres y maestros ponen en su corrección, es menor al que ponen en corregir las oraciones, vocabulario y gramática; razón por la cual somos menos diestros en su ejercicio. Este subdesarrollo se evidencia claramente en pruebas sobre *competencias* realizadas recientemente entre estudiantes de distintas modalidades académicas: Las pruebas del ICFES a estudiantes de Educación Básica Primaria, los Exámenes de Estado por competencias, las pruebas de la IDEP en los colegios de Bogotá y, las pruebas aplicadas por un grupo de investigación de la UPN a estudiantes de los distintos programas de la facultad de Educación de la UPTC. En los cuatro casos, pero especialmente en el último, quedaron en claro las deficiencias notorias y protuberantes relacionadas con la capacidad de argumentación.

De los exámenes aplicados por el IDEP a 250.000 escolares de instituciones públicas y privadas de Bogotá y asesorados por el grupo interdisciplinario de la Universidad Nacional, se hablaba en la prensa de una calificación promedio de 2,4 sobre cinco dentro de los resultados esperados.

Y en el caso de las pruebas aplicadas por la UPN a los estudiantes de la facultad de educación de la UPTC, el resultado más bajo se obtuvo en la competencia argumentativa. Poniendo nuevamente sobre el tapete el tipo de tratamiento que en la casa y en la escuela le dan a este factor intelectual.

Entre más educada una persona, más atención presta a la forma como se expresan sus hijos. Ningún padre les hablaría todo el tiempo con expresiones como *agugu, agaga, toto, tati, tutun, babe, tita, titin*, etc.; al contrario, a medida que el niño

crece se esmera por enseñarle a pronunciar correctamente las palabras y a construir frases con sentido de modo que los demás le entiendan.

Sin embargo, en asuntos de argumentación, la atención es menor o nula. Incluso, en muchas ocasiones cuando al niño se le corrige, el resultado final es la atrofia de lo poco bueno que traía desde la cuna: “no me lleve la contraria, joven, que yo soy su papá y sé porqué se lo digo” o “los mayores siempre tenemos la razón” o “no se esponga a una paliza, y haga lo que le digo”, “Qué me viene usted a enseñar si yo me quemé las pestañas en la U. cuatro años” etc. Expresiones e indicaciones que pervierten eficazmente nuestra capacidad de razonar. Con ayudas de esa clase, ¡antes no estamos peor!

En estas condiciones decimos que la competencia argumentativa es una sensibilidad particular a los argumentos. En primer lugar, estar dispuesto a razonar con los demás en términos de igualdad intelectual.

De entrada todos somos iguales, así en el fondo se piense que unos son más iguales que otros. Si quisiéramos pensar, como lo hacen los administradores de empresas, en términos de indicadores de gestión, diríamos que nuestra competencia argumentativa es directamente proporcional al tiempo que seamos capaces de permanecer en una polémica sin perder la compostura.

La competencia argumentativa es igualmente proporcional a la sensibilidad puesta en exigir a los demás la justificación de sus puntos de vista y al esfuerzo que hagamos por presentar los nuestros de la forma más coherente.

Aunado a esta exigencia va la constante revisión de los lugares comunes desde donde solemos argumentar. En resumen, podríamos decir que se es competente argumentativamente cuan-

do se está en capacidad de producir argumentos correctos. Y, siguiendo a Weston, podríamos reducir a cinco las características que los identifican:

1. Distinguir la conclusión que se desea probar de las premisas con las cuales se desea apoyar.
2. Presentar las ideas en un orden natural buscando una óptima comprensión.
3. Partir de premisas fiables, bien establecidas de conocimiento de calidad para que tengamos mayor probabilidad de llegar con certeza a la conclusión.
4. Usar un lenguaje concreto evitando al máximo las ambigüedades.
5. Evitar el lenguaje emotivo que con frecuencia desvía las discusiones del punto central a la periferia.

Estar atento a estas cinco características es un paso importante en el adelantamiento de la claridad intelectual y del dominio de la que llamamos competencia argumentativa.

4. ¿POR QUÉ ES IMPORTANTE ARGUMENTAR?

Argumentar es importante básicamente por tres tipos de razones: Académicas, Políticas y Morales:

Las **Razones Académicas** a favor de la argumentación se caen de su peso. No existe conocimiento, antiguo ni moderno, ni mucho menos progreso en el conocimiento, si no se vive en una cultura del debate y la controversia racional de ideas. El profesor José Granés Sellars hablando de la formación de una cultura académica, la identifica con la formación de la universidad misma, y destaca como rasgos fundamentales, dos características directamente vin-

culadas a la propuesta formulada aquí: *“El primero de estos rasgos podría ser enunciado como un rechazo explícito a los argumentos de autoridad. Por principio se considera que toda afirmación es discutible. No hay verdades sagradas. Todo debe ser sometido a la crítica. En este sentido este rasgo es un principio democrático en el interior de las comunidades académicas... El segundo rasgo de la cultura académica podría enunciarse en términos de un privilegio por la argumentación racional. La discusión académica se da sobre la base de razones explícitas que se pueden exponer coherentemente en el lenguaje”* (Intervención en el segundo encuentro nacional de egresados del programa de Docencia Universitaria en la UIS. Junio de 2000).

No abundaremos aquí en detalles acerca de la importancia académica del ejercicio argumentativo; el presente escrito en su conjunto es un alegato mucho más amplio en su favor. Tal vez, sólo sea necesario apuntalar una de las ideas presentadas por el profesor Granés para redondear una aproximación.

Cuando él dice que en la esfera académica, y especialmente universitaria, todas las ideas son susceptibles de crítica, me trae a la mente esa frase tan común en el argot popular: *“Esa es mi idea, respétemela, si quiere que les respeten las suyas”*. Curiosamente, lo interesante de la universidad, y de la universalidad del conocimiento, es la claridad alcanzada respecto de a quién se le debe guardar respeto. Está claro que no es a las teorías, ni a los puntos de vista, ni a las perspectivas, es a las personas; de ahí la importancia de distinguir en-



tre unas y otras, entre unos y unas, entre otros y otras, etc. Y así sucesivamente, en una pedagogía incesante. Las personas, cuando debaten, al calor de la controversia (y muchas veces, de los aguardientes), tienden a confundir personas con puntos de vista, generando resistencias e incomprendiones. Esperamos que nuestro esfuerzo aporte un grano de pimienta en esta labor esclarecedora.

Por Razones Políticas. Los griegos mostraron desde hace dos mil quinientos años que la democracia y la argumentación son actividades inseparables y que los buenos ciudadanos y los buenos gobernantes deben dar razones válidas de sus acciones y creencias.

El historiador de la retórica James Murphy⁸ hablando acerca de los orígenes de esta disciplina encuentra que se atribuye a los eléatas Corax y Tisias, el estudio sistemático de la retórica y la elaboración del primer libro sobre el tema, pero que curiosamente su arte sólo tomó fuerza entre los atenienses casi un siglo después. Se pregunta entonces si existió una colonización intelectual desde la periferia a la metrópoli y encuentra que no, pues entre los griegos, un pueblo con tradiciones democráticas, ya existía de antemano una sensibilidad grande hacia el debate y el choque civilizado de ideas. De suerte que las enseñanzas de Gorgias, alumno

⁸ MURPHY, James (ed.): *Sinopsis histórica de la Retórica*. Biblioteca Universitaria de la Editorial Gredos. Madrid, 1989. [Título original: *A Synoptic History of Classical Rhetoric* (1983). Versión española de A. R. Bocanegra.]

destacado de Tisias, encontraron el terreno abonado para su pedagogía.

Contrasta con los griegos la amplia difusión, entre nosotros, de la mala retórica, especialmente en la tribuna parlamentaria y en los estrados sindicales. Notable por su abundancia de lugares comunes: *los deberes patrióticos, la paz esquiva, la explotación imperialista, la violencia consuetudinaria, la investigación exhaustiva, el compromiso histórico, el papel del maestro, construir nación, las decisiones trascendentales* etc., etc., etc., frases machacadas, trilladas, molidas en polvo fino. Discursos pseudoemotivos, deshilvanados y aburridores pagados al precio justo de un bostezo. Que ni comunican, ni convencen. Antes bien, todo lo contrario. Pues, incluso, son esperados por muchos con esa factura, al convertirse, con el tiempo, en un rito inerte.

Contrasta, digo, esta circunstancia nacional, con el tiempo sereno, en que los hombres despieratos, ciudadanos nobles, dueños de sus actos y de su destino, se tomaban la asamblea, la plaza pública, el ágora, el estrado judicial, o las galerías en la Atenas de Pericles, antes de Pericles y después de Pericles. Con su permiso y sin él. Para ventilar inquietudes, opiniones y verdades sin temor a las consecuencias. O mejor, con la certeza íntegra de las responsabilidades asumidas.

Tucídides en su inigualable obra *Guerras del Peloponeso*, relata la forma en la cual los **espartanos** deliberan en la plaza pública acerca de la conveniencia de decretar la guerra a los atenienses. En el estrado el rey, los senadores y algunos jueces presiden el debate. Abajo, el pueblo libre, los ciudadanos, escuchan atentos el desarrollo de los acontecimientos. Muchos hablan y exponen sus razones, en pro y en contra. La plaza atiborrada deja escapar una emoción contenida. Un grupo de **atenienses** está

de paso en Esparta, por un asunto de negocios. Se enteran de las delicadas deliberaciones, escuchan algunos oradores y piden la palabra. Quieren explicar lo inconveniente de una confrontación fratricida. Se la ceden. Argumentan a favor de la concordia y las negociaciones. Los espartanos escuchan en silencio, respetuosos de sus enemigos, pues la palabra es sagrada. Luego habla un magistrado espartano e invita a la guerra. Pide que no le crean a los atenienses a quienes tilda de pérfidos. El rey espartano intercede. Se opone a la beligerancia: «una paz justa para la Hélade» es su deseo más profundo. Y da sus razones. Viene luego, y de último, un ciudadano, su nombre se conserva, Estenelaidas, y en una intervención de pocos minutos, (sus palabras las consigna Tucídides en una página de sus *Guerras*) inclina la balanza. Ahora viene la votación. Los espartanos, separándose de la solicitud de su rey, decretan las hostilidades. Espartanos y atenienses lucharán con grandes pérdidas durante años. Y Estenelaidas pasa a la primera línea de combate: su opinión implica compromisos.

¡Qué lejos estamos de esos tiempos! En que el gusto por la palabra, el respeto por la palabra y su cultivo inteligente eran una preocupación académica y civil. Los griegos amaban su uso y, tal como lo reconoce Nietzsche⁹, en su *Lección de Retórica*, les apasionaba la controversia. No de otra forma se explica la atención tan concentrada en la elaboración de sus discursos.

No lo olvidemos: la argumentación en una democracia activa es una condición esencial.

Y por **Razones Morales**. Argumentar es un esfuerzo por convencer a otros de que la verdad está de nuestro lado y tenemos cómo mostrarlo.

⁹ NIETZSCHE, Federico: *El Libro del Filósofo*. Editorial Taurus, Barcelona, 1998.

Así mismo, en caso de estar en un error, es imperativo mudar de opinión hacia la que consideremos correcta. La argumentación tiene sin duda un componente ético, en la medida en que supone **la sinceridad** como condición necesaria, si tomamos a los otros como interlocutores legítimos, tal como si dialogáramos con nosotros mismos.

Habermas y la Escuela de Frankfurt han desarrollado todo un sistema de ética basado en el principio de la comunicación argumentada llamado Teoría de la Acción Comunicativa. En él uno de los principios básicos para construir un sistema moral de convivencia pasa por el respeto al otro y por la pretensión de sinceridad en todos nuestros enunciados. O como dice Savater, si quieres dialogar conmigo, de verdad, ponte en mi lugar.

Un pensamiento que ilustra muy bien esta actitud es la famosa frase de Voltaire acerca de la tolerancia: “Sé que no estamos de acuerdo, pero daría mi vida por defender un sistema de gobierno y una sociedad en la cual pudieras defender tu punto de vista”. Como se advierte de inmediato, moral y política se tocan íntegramente.

5. EXTREMOS DE LA ARGUMENTACIÓN: OPINAR Y DEMOSTRAR

La argumentación es una capacidad y una destreza que se aprenden con el ejercicio y con la ayuda del talento natural, como el fútbol. Es el caso que unas personas argumentan mejor que otras, así como hay unos futbolistas mejores que otros. Ya porque entrenan todos los días, ya porque tienen una mejor predisposición. Así, unos estarán rezagados y otros adelantados en este aspecto. En un extremo se ubicarán quie-

nes sólo tienen **opiniones**, que repiten sin conocer el fundamento y, en el otro, aquellos que no sólo saben el por qué de lo que piensan, son además capaces de **demostrarlo**.

Ejemplo de Opinión: “El partido liberal es mejor que el conservador porque mis padres así me lo enseñaron y además uno no debe cambiar nunca de bando”.

Ejemplo de Demostración: Tales de Mileto, el primer filósofo natural, estableció la redondez de la Tierra analizando la sombra que ésta proyectaba sobre la Luna durante los eclipses. Encontrando que la Tierra siempre proyectaba una silueta circular sobre la Luna, advirtió que un objeto que siempre proyecta una sombra circular sobre otro, sin importar desde donde se ilumine, tiene por fuerza que tener forma esférica. Luego la Tierra es una esfera.

Con estos dos elementos Tales estableció la redondez de nuestro planeta más allá de cualquier duda razonable, y no sólo esto, también calculó su tamaño relativo: cuantas veces es más grande la Tierra que la Luna.

A despecho de esta verdad, en la escuela aún se enseña que fue Colón, mirando los barcos desde el puerto perdiéndose en el horizonte, quien hizo el descubrimiento antes de lanzarse a su aventura atlántica.

En síntesis podemos decir que la argumentación como actividad razonable puede identificarse desde estas cuatro perspectivas: una definición del concepto, una idea de competencia argumentativa, unas razones que le dan vigencia en la academia, en la sociedad y en el individuo y, finalmente, una distinción general, pero necesaria, con la *opinión* –la *doxa*– no científica caracterizada, ya hace mucho tiempo, por los pensadores griegos. ▲